

†
JHS

BOLETIN OFICIAL

DEL
OBISPADO DE MENORCA

EPOCA IV

31 DICIEMBRE 1957

NÚMERO 13

ALOCUCION PASTORAL DESPUES DE LA VISITA A ROMA

CARISIMOS diocesanos. Va a acabar el año y todavía no os hemos hablado de Nuestra Visita a Roma. Siempre es grato hablar de Roma a los que, por gracia de Dios, somos hijos de la Santa Madre Iglesia, Católica, Apostólica, Romana; y más aún, cuando tenemos especiales títulos de tradición, cual es el popularísimo cántico de nuestra antigua oración por el Papa, y muy notables favores recibidos del actual Pontífice: como son la concesión de la dignidad de Basílica a nuestra Catedral y la bendición de la piedra de su Sede, «cuius auspicaem lapidem Nosmet-Ipsi lustravimus» dice él elogiosamente para nosotros en sus Letras Apostólicas (1); y bien sabeis que, en memoria y por gratitud, la Sede lleva inscrito con letras de oro este privilegio singularísimo y el nombre glorioso de Pío XII que nos lo otorgó.

*

Una de las graves obligaciones que los sagrados cánones (340-341) imponen a los Obispos para cada cinco años es la de hacer la llamada Visita «ad Limina», esto es, la Visita a Roma, para venerar en sus respectivas Basílicas los sepulcros de los santos apóstoles Pedro y Pablo, presentarse al Sumo Pontífice en homenaje de obediencia, e informar a la Santa Sede, ya en

(1) Letras Apostólicas de 18 Septiembre 1953. Véanse en el «Boletín Oficial diocesano», pág. 26, volumen de 1954, y en A. A. S. de 1954, pág. 477.



relación escrita, ya también de palabra, sobre el estado de la Diócesis. Los años de cada decenio terminados en dos y en siete son para los Señores Obispos de España los de esa Visita quinquenal, y así hubimos de hacerla en el presente. Es ello obligación que, por una parte, impone austero examen de responsabilidades, y, por otra, ofrece al Obispo el indecible gozo de ser recibido en particular e íntima audiencia y ser más de cerca bendecido por el Papa, Obispo de los Obispos.

Plácenos, pues, carísimos diocesanos, como un padre habla a sus hijos después de un viaje feliz, referiros en expansión familiar impresiones y detalles de esta Visita, que fué al mismo tiempo de peregrinación piadosa, en la cual os llevamos a todos en el corazón.

Día 2 de Julio, despedidos por el Ilmo. Cabildo y Clero y por el señor Alcalde, recitadas las preces ante el Sagrario de este Palacio Episcopal, salimos por la tarde, mientras las campanas de la Catedral lo anunciaban, según costumbre de tales casos, para embarcar hacia Barcelona, después de orar en Mahón ante el Santísimo expuesto en la iglesia de las Concepcionistas. Nos acompañaban los familiares Rdm. Mons. Mateo Bosch, Vicario General, y M. I. Sr. D. Juan Jaume, Canciller Secretario. Dicha la Misa en la iglesia de la, por Nos muy estimada, Casa Sacerdotal y Balmesiana de Barcelona, emprendimos por la tarde del día 3 el viaje en el coche de este Obispado, celebrando la Misa día 4 en San Pedro de Figueras, día 5 en la iglesia principesca de San Carlos en Mónaco, donde fuimos exquisitamente obsequiados por el célebre P. Tucker, día 6 en la Catedral de Pisa, y llegamos por la tarde, a las 5'30, a Roma, apresurándonos a hacer inmediatamente la primera visita de devoción a la Basílica Vaticana. ¡Cómo se enardece allí la fe y el amor a Cristo y a la Iglesia al postrarse en oración junto al sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, y al levantar los ojos y leer la realizada profecía de Cristo, inscrita, a lo alto, en grandes letras de oro, claras y triunfales, que ornán el circuito interior de la Basílica! «Tu eres Pedro y sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella...» (Mt. 16, 13-19.)

Nos hospedamos en el Pontificio Colegio Español, cuyos muy reverendos Superiores nos prodigaron benévolas atenciones, que agradecemos, donde la diócesis tiene un alumno y donde, según es recomendación de la Santa Sede, se educaron en pasados decenios distinguidos sacerdotes menorquines, algunos de cuyos nombres, M. L. Sres. D. Miguel Dalmedo, D. Guillermo Capó, don José Tudurí, y Rdo. D. José Bosch, allí figuran en la lápida conmemorativa de los sacerdotes exalumnos víctimas de la revolución impía.

Día siete por la mañana hicimos las dos visitas oficiales «ad Limina», primero al sepulcro de San Pedro en la Basílica Vaticana, y después al sepulcro de San Pablo en la Basílica de San Pablo extramuros, orando, postrados allí, por las necesidades de la Iglesia, de la Diócesis, las Nuestras y las de vosotros. Firmamos en los libros correspondientes y dimos el óbolo acostumbrado. A las doce volvíamos al Vaticano y, arrodillados en la gran plaza, recibimos la bendición del Papa, que la imparte, abierta la ventana de su habitación, casi todos los días a dicha hora, a los numerosos fieles que allí se congregan.

¡San Pedro, San Pablo, Pío XII! Habíamos ya el primer día pregustado, por decirlo así, lo que en los sucesivos había de llenar nuestro espíritu. San Pedro, aquel a quien Cristo constituyó la piedra fundamental de la Iglesia, principio de la sucesión perpetua de los Sumos Pontífices que la rigen.—San Pablo, «mundi Magister», infatigable doctor de las naciones, que nos ha legado en sus inspiradas epístolas un tesoro inexhausto de doctrina cristiana que aprender y ejemplos que imitar. Son los dos grandes apóstoles que Dios juntó allí para varias y heroicas actividades en los comienzos de la Iglesia; son los intercesores valiosísimos que tan frecuentemente invocamos, nombrándoles siempre unidos en nuestras oraciones. Se amaron en vida, no se separaron en muerte, se unen para nuestra intercesión.—Pío XII, el actual Sumo Pontífice, aureolado con los prestigios de Papa santo y providencialísimo, levantado y conservado maravillosamente por Dios en vida y con actividades admirabilísimas, como luz del mundo, predicador constante de la paz entre las nacio-

nes, supremo maestro de doctrina, definidor del dogma de la Asunción de María y propagador de su devoción, reorganizador de la disciplina eclesiástica, orientador de la enseñanza y de las costumbres cristianas en medio del torbellino de novedades de nuestros tiempos, ejemplo de caridad abnegada y universal para todas las miserias de la guerra y de la postguerra... Faltan palabras para decirlo y encarecerlo todo. A este gran Papa tendremos la dicha de acercarnos.

Entretanto esperábamos el señalamiento del día y hora de la solicitada audiencia, visitamos día 8 los Excmos. y Rdmos. Secretarios de las Congregaciones de Seminarios y del Concilio, les entregamos las respectivas relaciones escritas, e informamos verbalmente sobre determinados puntos de las mismas. Acudimos a la S. Congregación de Ritos, cuyo Prefecto es el Emmo. Señor Cardenal Cicognani, Ponente de la Causa de nuestro Siervo de Dios, Juan Huguet Cardona, interesándonos por su rápido curso. Fuimos a la Secretaría de Estado para saludar a los Excmos. y Rdmos. Monseñores Del Acqua y Samoré, ofreciéndoles sendos ejemplares de los opúsculos relacionados con la Visita del Excmo. y Rdmo. Sr. Nuncio Antoniutti a Menorca: lo mismo hicimos al Emmo. Sr. Cardenal, Datario y Arcipreste de la Basílica de San Pedro, Federico Tedeschini, y al Excmo. señor Embajador de España cerca de la Santa Sede.

Día 12, a las doce, tuvimos el alto honor de ser admitido por el Santo Padre a audiencia particular, que duró un cuarto de hora. Con dulzura paternal, sin permitir besáramos sus pies como es de rúbrica en tales audiencias, Nos hizo sentar y Nos preguntó sobre diversos asuntos, interesándose por todos vosotros, por el Clero y los fieles, por el estado y necesidades de esta Diócesis. Le informamos debidamente, e hicimos constar vuestra antigua, popular y viva devoción a la Santa Sede, demostrada una vez más en Febrero de este mismo año con ocasión de la Visita del Excmo. y Rdmo. Sr. Nuncio Apostólico, quien, en todas partes de Menorca, la comprobó escuchando el fervoroso canto popularísimo de la antigua jaculatoria menorquina por el Papa, incorporada a Nuestro Himnario Oficial; y así pusimos en sus

venerables manos un ejemplar del mismo, magníficamente impreso y a él dedicado, y otro de la Crónica de dicha visita, ambos ricamente encuadernados en pergamino y ornados con su escudo papal en oro. Hojeólos con interés y agradecimiento.

Después le hablamos de la Causa de Canonización del joven sacerdote mártir menorquín en 1936, Siervo de Dios Juan Huguet, cuyo martirio brevemente le relatamos, pidiéndole la pronta canonización, que es vivísimo deseo del Prelado, del Clero y de todo el pueblo menorquín. Al terminar la audiencia, le ofrecimos el óbolo acostumbrado, pequeño óbolo porque pequeña es nuestra diócesis. En fin, postrados a sus pies, que tampoco permitió le besáramos, pedimos su bendición para Nos y para vosotros todos, y Nos la impartió, añadiendo que también en su nombre os la diéramos a todos efusivamente.

Salimos entonces a la antesala, donde esperaban los que Nos habían acompañado, el Rdm. Mons. Mateo Bosch, Vicario General, M. I. Sr. D. Juan Jaume, Canciller Secretario, el alumno menorquín del Pontificio Colegio Español y el carísimo diocesano que nos había en auto conducido a Roma. Su Santidad les bendijo, dióles a besar su mano, les regaló, como ya lo había hecho antes con Nos, unos rosarios, que son su don acostumbrado, recomendación implícita de cuánto estima tal devoción a María, y ofreció ser fotografiado también con ellos, conforme allí mismo luego se efectuó. Es tal fotografía un recuerdo histórico que honra a toda la Diócesis, y por eso se adjunta a esta Alocución.

Nueve días estuvimos en Roma y, demás de lo dicho, pudimos realizar una larga serie de visitas para asuntos de la Diócesis y para satisfacer la piedad e ilustrarnos y poder ilustrar a vosotros sobre cosas muy edificantes de la antigüedad religiosa cristiana y bíblica, cuyos vestigios o recuerdos allí se encuentran.—Siempre llevándoos en el corazón, celebramos la Santa Misa dos veces en la Basílica Vaticana, una en el altar de la pequeña capilla subterránea llamada «Clementina», casi en contacto con el sepulcro de San Pedro, otra en el altar de Pío X, sobre su cuerpo, que bajo el altar se ve enteramente y es de con-

tínuo venerado de muchos fieles; la celebramos en la Basílica de San Pablo en un altar central, la celebramos también en la Basílica de San Juan de Letrán, la Catedral de los Papas, «Madre de todas las iglesias del mundo», donde se verenan reliquias de las cabezas de los dos santos Apóstoles Pedro y Pablo. La coincidencia de Misas Nuevas en los altares de la otra Basílica de Santa María la Mayor, donde el actual Pontífice Pío XII celebró su primera Misa, hizo que no pudiéramos decirla allí el día destinado. Como en las otras visitas a Roma, en reverencia a los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, cuya intercesión siempre invocamos en el «Confiteor» y otras deprecaciones litúrgicas para remisión de los pecados, hicimos confesión general en cada una de las Basílicas con uno de los Penitenciarios de las mismas. Y, recordando a los menorquines difuntos, acudimos al gran cementerio de Roma y rezamos un responso por el eterno descanso del ciudadelano fallecido el año anterior y allí sepultado, D. Ignacio Salord Comella, del «Opus Dei», alumno de Derecho en el Pontificio Ateneo «Angelicum» de la Ciudad. A. E. R. I. P. A.

También visitamos y oramos y veneramos las respectivas reliquias en las Basílicas del Apóstol San Bartolomé, de San Lorenzo, de Santa Inés, de Santa Cecilia y San Pedro «ad Vincula». Bajamos a las catacumbas de Priscilla, hermosamente decoradas con frescos del siglo segundo de interesantísimas representaciones bíblicas, como la Virgen con el Niño Emmanuel y el profeta Isaías que lo anuncia, los «tres» Magos adorando a Jesús sentado sobre la Virgen, el Buen Pastor, la «fractio panis» y otras, todas de alto valor doctrinal, apologético y utilísimas para instrucción del pueblo cristiano.

Recorriendo las cercanías de Roma, visitamos la Basílica de «Tre Fontane» con que una simple tradición piadosa quiso fijar el lugar de la decapitación de San Pablo; subimos a Castel Gandolfo, vimos el Palacio veraniego del Papa, en que están datadas las Letras Apostólicas de la concesión del título de Basílica a nuestra Catedral «ex Arce Gandulphi», y oramos en la iglesia parroquial de allí, en que una lápida conmemora el Papa que la restauró, Pío VI, es decir, el mismo que en 1795 nos restableció

la Diócesis y elevó a Catedral de Menorca la que antes era la iglesia parroquial de la Pabordía.—Fuimos a las excavaciones de Ostia Tiberina y allí vimos las ruínas sagradas, lugar de la célebre escena llamada de «la ventana de Ostia», desde la cual S. Agustín y Sta. Mónica, pocos días antes de ella morir, mirando al cielo, el hijo y la madre tuvieron aquella conversación íntima y contemplativa, que después escribió él en una página emocionante de sus Confesiones (Lib. IX c. 10-12). Leedla los que tengais a mano este libro, en uno de vuestros círculos de estudio, porque está llena de profundo sentimiento y doctrina cristiana.—Camino de la Basílica de San Sebastián, fuimos por la célebre via Apia. ¡Cuánto impresionó el pensar que la santificaron los pies de San Pablo, conducido a Roma por soldados, preso y encadenado, ¡«vinctus Christi»!, alegre y como triunfante con el cortejo de los muchos cristianos valientes en la fe, que le salieron al encuentro! (Act. 28, 14-15).

Vimos en diversas partes de la Ciudad lugares y vestigios de edificaciones imperiales, cuyas obras fueron regadas por muchos cristianos con sudores de crueles trabajos forzados y con sangre de muchos otros mártires.—Penetramos en el Coliseo, donde acudió a nuestra memoria la figura del gran mártir San Ignacio de Antioquía y recordamos aquellas palabras que escribió a los cristianos romanos cuando era llevado a Roma, preso y sediento del martirio que allí mismo sufrió: «Soy trigo de Dios, he de ser molido por los dientes de las fieras para convertirme en pan inmaculado de Cristo... Fuego, cruz, bestias fieras, quebrantamiento de huesos, separación de miembros, destrozo de todo el cuerpo, todos los tormentos del demonio vengan sobre mí sólo con tal que vaya a gozar de Cristo...» Hemos interrumpido esta relación para que conozcais y mediteis estas palabras, vibrantísimas de celo, fortaleza, amor a Cristo, quizás las más notables que, después de las de San Pablo, se escribieron en toda la antigüedad cristiana, flameantes ahora todavía para enardecer a todos en estos tiempos de frialdades y desamores y desvíos de Cristo.—Pasamos por el arco de Constantino que evoca el triunfo de la paz de la Iglesia, y la memoria del munificentísimo constructor

de las grandes y magníficas Basílicas cristianas de Roma y de Palestina.—Nos detuvimos ante el arco de Tito, erigido en sus días para el triunfo de aquel gran general y después emperador pagano, que, sin saberlo, fué el instrumento de Dios para cumplir, y cumplirla dentro del plazo señalado, la profecía de Cristo de la destrucción de la ciudad de Jerusalén y su Templo, y que así resulta un importantísimo monumento apologético del Evangelio, levantado providencialmente en el centro del paganismo; y que muestra en sus relieves la auténtica forma del candelabro de oro, de las trompetas sacerdotales y de otros enseres litúrgicos del Templo, mencionados en la Biblia y llevados como despojos en el desfile triunfal de Roma. Sea ésto un tema de apologética y de arqueología bíblica para nuestros seminaristas.—Bajamos al Foro, que fué el corazón de la Roma pagana dominadora del mundo: de allí salió el Edicto de César Augusto para empadronamiento de todo el orbe, que motivó el viaje de José y María a Belén, siendo ocasión preparada por Dios para que allí naciese Cristo y se cumpliera en ésto la profecía de Miqueas (Luc. II, s.); entre los restos de muchos y diversos edificios imperiales y más antiguos, vimos y entramos en lo que fué el Senado, donde, 162 años antes de Cristo, se presentaron los dos embajadores de Judas Macabeo, pidiendo y alcanzando la alianza de los Judíos con los Romanos, conforme se describe en la Escritura (I Mach, cap. 8), con términos elogiosos del pueblo romano de entonces... ¡Interesantes recuerdos bíblicos que flotan allí sobre tantos otros, también interesantes, de la historia romana!

Mas nuestra atención predominante era para las grandes Basílicas de San Pedro y de San Pablo. Reiterábamos allá nuestras visitas, veíamos al Papa y recibíamos su bendición, ora en alguna audiencia pública dentro la Basílica Vaticana, ora cuando la impartía casi cotidianamente desde su ventana sobre la plaza de San Pedro. Acompañados y dirigidos por el docto canónigo de la Basílica Vaticana, Rdm. Mons. Altabella, recorrimos las recientes excavaciones hasta la tumba de San Pedro, de las cuales procuramos haya en nuestro Seminario selectos elementos

de proyección para ilustración de todos. Leímos el nombre de Menorca en una de las grandes lápidas fijadas a la entrada de la Basílica, conmemorativas de los Obispos que asistieron en 1950 a la Definición del Dogma de la Asunción de María.

Fuimos a la Biblioteca Vaticana y pudimos verla ampliamente, gracias a las singulares atenciones que nos dispensó el Rdm. Dom Anselmo M. Albareda, Prefecto de la misma, distinguidísimo amigo, que se dignó personalmente acompañarnos por todas sus partes, mostrándonos las varias secciones, la organización, catalogación e instalaciones modernas para su servicio y muchas de las inestimables preciosidades bibliográficas, que la hacen la primera Biblioteca del mundo, el más espléndido monumento levantado por los Papas a la ciencia y cultura humanas. Al entregar al Rdm. Prefecto la fotografía del pequeño monumento erigido en el Palacio Episcopal de Menorca a nuestro gran Obispo Severo, le expresamos el deseo de tener fotografiado el código Vaticano de su célebre «Epístola Encyclica» escrita en 417, y accedió generosamente a tal indicación. Religadas con honor en un volumen, las doce magníficas fotocopias de 29 x 21 cm., elaboradas en los especiales talleres de la misma Biblioteca, será para nosotros el «Código vaticano fotográfico de la Epístola de Severo», que, expuesto en la modesta biblioteca del Seminario, constituirá allí otro notable monumento de aquel vigilantísimo Obispo Menorquín, y al mismo tiempo, un recuerdo perenne de la gratitud debida al egregio donante. Le dimos entonces las gracias y ahora se las reiteramos efusivamente. Un fotograbado del código, a menor tamaño, se adjunta a esta Alocución.

Vino ya el día de partir, y fuimos por la mañana otra vez a la Basílica Vaticana, oramos junto a la Confesión de San Pedro, besamos el pie de su ingente estatua de bronce, veneramos el cuerpo de San Pío X, y en punto de mediodía, saliendo a la gran plaza, recibimos, arrodillados, la bendición de Pío XII, que fue para nosotros como la bendición de despedida.

¡Roma! Dios quiso tener para su pueblo una Metrópoli espiritual en el Antiguo y en el Nuevo Testamento: Sión y Roma; y

los cánticos de Sión parecen a veces compuestos también para Roma (Ps. 86). Aquí todos los hijos de la Iglesia Católica somos conciudadanos y nos sentimos más hermanos, y al encontrarnos, venidos de tan diversas naciones, en la Basílica de San Pedro y en su gran plaza ante el Sumo Pontífice y Padre común que nos enseña y bendice, experimentamos aquello del Salmo 132: ¡Mirad cuán bueno es y cuán dulce que los hermanos vivan juntamente unidos! Como desciende el óleo de la unción copiosa desde la cabeza del Sumo Sacerdote..., así desciende sobre los que están entre sí y con él jerárquicamente unidos la bendición de Dios y la vida para siempre! Hemos gustado nuevamente la dulzura de tal espectáculo en ésta Nuestra tercera Visita a Roma, y más días hubiésemos en ella permanecido si la solicitud pastoral no nos obligara a estar con vosotros.

*

Partidos de allí la tarde de aquel día 15 de Julio, celebramos la Sta. Misa día 16 en la Catedral de Livorno, día 17 en la Catedral de Frejus, día 18 en la Casa Sacerdotal Balmesiana de Barcelona, día 19 ya en Sta. María de Mahón y, después de llegar a Ciudadela y dar gracias en la Capilla del Sagrario de Nuestra Catedral, mientras, como es costumbre en tales «Visitas ad Limina», un repique de campanas anunciaba la llegada, recibimos en el Palacio Episcopal los saludos de bienvenida del Cabildo, Clero y fieles, a quienes transmitimos las bendiciones de Su Santidad y prometimos contarles lo más interesante de la Visita. Ahora lo cumplimos en esta Alocución, que se ha extendido a minuciosos detalles, en tono de piadosa expansión paternal para todos nuestros carísimos diocesanos.

Los fieles menorquines oran por el Papa, le aman y quieren obedecer. Háganlo siempre en todo, de cada día más y mejor. «Rogamus autem vos fratres ut abundetis magis» es una repetida exhortación de San Pablo: abundar en todo lo bueno. Los que están distanciados de nosotros, contemplando la excelsitud de nuestro Pontífice, reconozcan que hay un Dios, que ama a la Iglesia Católica, y la rige por un grande y admirable Siervo suyo, y se conviertan a ella.

«Benedicid de Nuestra parte a todos los fieles de la Diócesis de Menorca» Nos dijo el Papa, y así lo hacemos en el nombre del † Padre, y del † Hijo y del Espíritu † Santo.

Ciudadela de Menorca, 1.º de Diciembre de 1957.

† BARTOLOMÉ, OBISPO DE MENORCA.

NOTA. Léase íntegra en el Seminario, y Círculos de Estudios de Acción Católica y Comunidades. En las Misas, después de la predicación, basta leer lo referente al acto de la Audiencia Papal.

A D S A C E R D O T E S

Praeter ea quae in superiore allocutione diximus ad omnes, aliquid adhuc restat quod vobis solis, carissimi sacerdotes, dicendum reservavimus.

Cum Sanctitas Sua, in audientia, Nos interrogasset de Clero Dioecesano, respondissemusque vos sacerdotalibus virtutibus esse ornatos, et vestram bene Nobis commodare operam in ministeriis obeundis, addidit ille statim: «et hoc omnes?»

Fatemur haec verba manere Nobis alte defixa in corde; maneant similiter et in vestro.

Sint haec verba quasi stimulus ut nullus ex nobis umquam deficiat, sed omnes, fraternae caritatis vinculo vere coniuncti, nos invicem iuvenimus et adhortemur ad propriam populi sanctificationem magis adipiscendam atque servandam. Urgent nos pericula saeculi, hodiernae necessitates populorum, et in primis ipsa dignitas sacerdotii.

Irrepunt aliquando, etiam inter sanctiora ministeria nostra, tentationes saeculi. Igitur menti haereat illa clarissima et pulcherrima sententia divi Augustini: «Hodie laboramus, et lampades nostrae inter ventos saeculi huius tentationesque fluctuant: sed ardeat in robore flamma nostra, ut ventus tentationis augeat

ignem potius quam extinguat» (Sermo 93). Nonne omnibus dictum est in ordinatione ad Diaconatum: «Accipe Spiritum Sanctum, ad robur...?» Ardeat ergo semper in robore flamma nostra.

Caeterum, Sanctissimi Pontificis verba sunt ista, in sua vere mirabili Admonitione «Menti Nostrae»: «Quodsi adauctae hodie christianae societatis necessitates internae perfectionis formam magis magisque a sacerdotibus postulant, animadvertendum tamen est eos, ex ipsius altissimi muneris natura divinitus accepti, sanctitatis officio teneri semper, ubique totisque viribus assequendae».

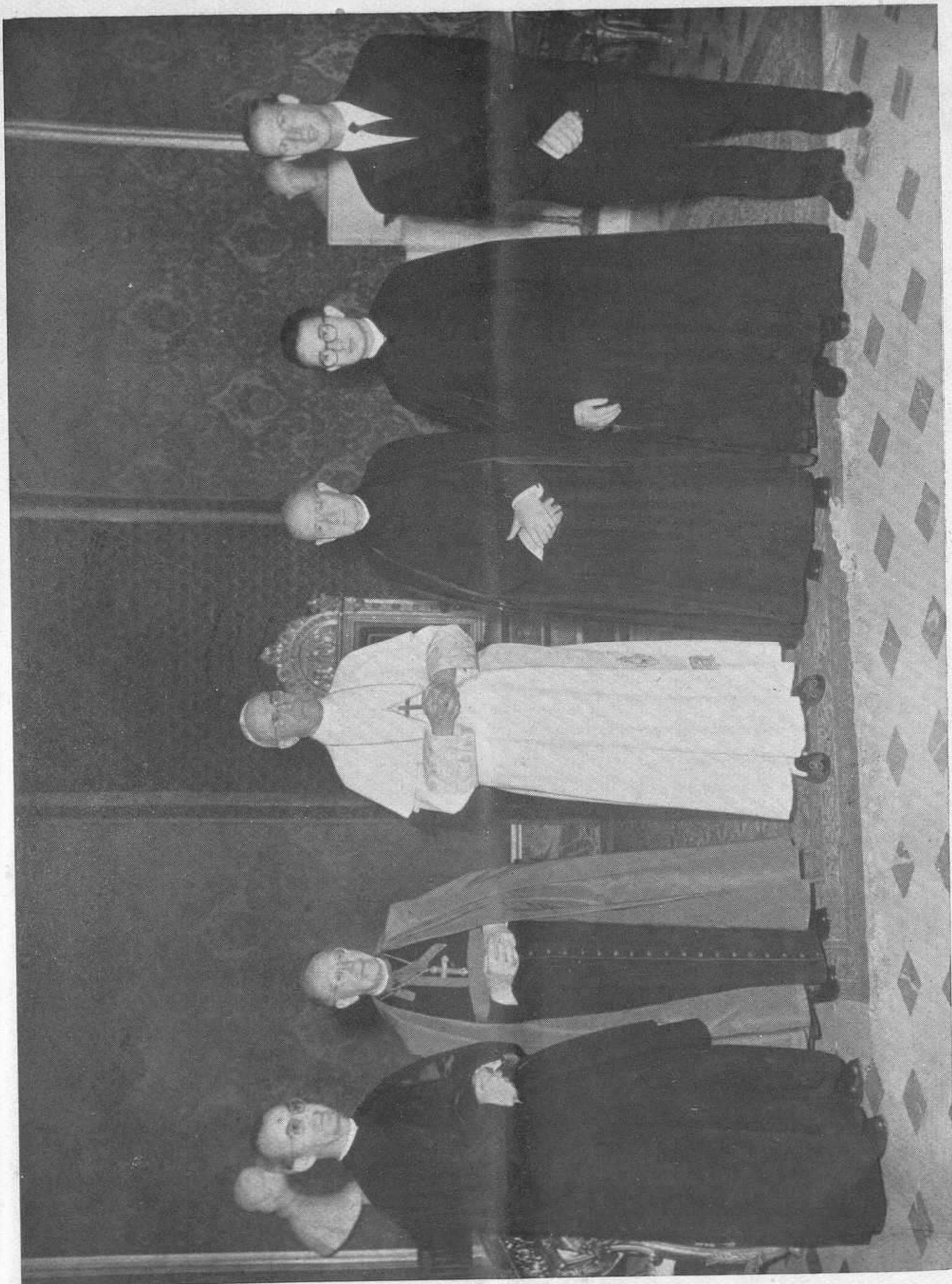
Ut melius praefatae interrogationi et votis Sanctitatis Suae humiliter coram Deo nos omnes satisfacere discamus, legatur frequenter, saltem in recessibus mensuris, laudata «Admonitio Apostolica «Menti Nostrae», de sacerdotalis vitae sanctitate promovenda».

Nos omnes Beatissimus Pater et hortatur et amantissime sua benedictione complectitur.

Civitellae, 31 Decembris 1957.

† BARTHOLOMAEUS, EPISCOPUS MINORICENSIS.

SUMARIO: Alocución del Prelado después de la Visita a Roma.—
Apéndice «ad Sacerdotes».



DESPUÉS DE LA AUDIENCIA.

ad nauim ubi uacat loculus scti stephani i q
 etia titulus est affixus scriptus hebraicus ius
 & legens eam cognoscat certitudinem. Impu
 tor uero uocato hebreo adiunxit eum per
 legem ipius dicens. Vade & uide quid scriba
 tur. Abiens itaq; hebreus cum duob; ptecto
 ribus & legens dixit. Magnū spectaculum
 est hoc. Ptectores uō dixerunt qd specta
 culum est. dic uobis. hebreus at dixit quia p
 thomartyr stephanus est & in ipō uita mea
 & spes mea est quia uiderunt oculi mei glo
 riosissima hodie. Tunc uenientes ptectores
 nunciauerunt impatori quia pthomartyr
 stephanus & gausus est. conuocatoq; eusebi
 o epō dixit ei. Vade ad nauim cū multitudie
 ppli & ego mittam plaustrum & ferte mi
 hi loculum in palatium. Iur ergo epus & o
 omnis pplus cum ceteris concurrat. At uero ep
 descendens in nauim tulit loculū & posuit
 in caruica festinauit inuolare palatium. Mil
 te autem incedebant tracte uolenter ab
 angelis & uenientes in locum qui dicitur o
 constantinianaes steterunt & ulterius non
 ualebant transire. periebant g̃ aīa uia.
 Vna autem eam p angelicam uirtutem
 humana uoce locuta est coram omni pplō
 dicens. Quid percutitis facies nr̃as. hic oport
 et eum recondi in loco hōe & oīo nolite la
 borare. alioquin signa & prodigia habetis
 uidere. E p̃us ũ trementatus & tormentum
 non sustinens nunciauit impatori. q̃ nō
 postū afferre corpus sancti stephani. Audi
 ens at hoc impator tristatus est & misit a
 lia xii. aīa uia ut traherent curuicam & ipa
 quoq; similiter steterunt per uim angeloy
 & non ualuerunt mouere curuicam. Tunc
 ppl̃s exclamauit dicens. Vnus est ds op̃s qui
 facit mirabilia solus s̃t s̃m pthomartyrē
 stephanum qui martyrio passus est. p̃noie
 tuo. Da ergo nobis gr̃am & misericordiam
 p̃ oīones & intercessiōis pthomartyris. Tūc
 eps tulit loculum a carrauca & locauit eū

faciens oratoriu eius per menses. ṽ. in quo
 & posuit loculū cum oī cautela. Sanitares
 autē & uirtutes s̃c̃i sunt s̃t infirmos in diebo
 illis in gl̃iam patris & filii & sp̃s sancti cui
 est gl̃atio & impulm in s̃c̃la seculoy. Amē.
 Incipit epistola seueri episcopi de laude a. o
 miraculis sancti stephani protomartyris.

Sanctissimis ac beatissimis dñis ep̃is p̃sbr̃is
 diaconibus & uniuersę fraternitati toti
 orbis titulum. Seuerus ep̃us misericordia dei
 indigens & omnium ultimus in xp̃o redēp
 tore n̄o ueterum s̃t. Cum opa dei reuelare
 & confiteri honorificum esse iaphuel archā
 gelus inuenit. p̃fecto s̃c̃leat uel celare opa
 xp̃i periculosum est. In quib; tū uincendis
 maior gr̃a est si cō ac simplici sermone refe
 rant. Celat enim quodam speciosissima pul
 tido uirtutis si habet induntore eloquio arā
 lita fuerit ac fucata. Quia propter ego quoc̃ ma
 gna que apud nos xp̃us op̃us est. Faciendi
 ni uir non computo sed uendico sermone o
 referre aggrediar. Descriptio minorice
 I Nsula minorica una ex balearib; insulis
 est. Quorū nomen cunctis ppl̃is seculariū q̃q;
 uictorū s̃c̃is peruulgatum est. hec inter ma
 uritanam celtariensem & hispaniam medio
 prope modū equoris spatio sita. angustis ad
 modum terminis clauditur. longitudine trigē
 ta. latitudinem uō fere milia passuum habet.
 Que nunc idcirco cōueniunt ut agnosca o
 possit cōtempribilia mūdi a dño nō solū in
 hominib; sed et in locis eligi. In hac itaq; in
 sula que omnium terrarum puritate uiduate
 asperitate postrema est. duo parua oppida
 cephensis sicut uiditū nomen inditio est
 e regione fundita sunt. lunona ad occasum
 magoua ad orientem spectat. In his mihi oī
 um mortalium ultimo nuper sacerdotalis
 officij pondus impositum est. Sed iā mona
 antiquū adeo munus etiā nunc iri nē. ut
 uidei habitare in ea nequaq; possunt. Multos
 si quidē id temere audentes aut egritudine;

